

VAMOS A LLAMARLA PRIMERA PARTE



9/24/40

A bordo de un barco que se llama Karos (suerte que no tenemos que pagarlo, con ese nombre), en el verano de 1975. Son las tres de la tarde y hemos salido de una ciudad aburrida que se llama Livorno, llena de gente que habla italiano y no entendemos ni jota.

Qué raro resulta escribir, papi. Aunque yo antes lo hacía de alguna manera, cuando con Ezequiel jugábamos a las palabras. Decíamos, por ejemplo, que las palabras a veces hierven, forman burbujas, humo. Y que se las puede revolver en un plato de sopa y hay que tener cuidado porque se escapan, se sublevan como los militares en Buenos Aires. Y hacíamos comparaciones raras, por ejemplo, que alguien escondido enreda ovillos de lana y todo en tu vida se complica. Se vuelve como eso que vos me enseñabas que se llamaba el Laberinto. Con el Minotauro en el centro, que es a la vez una pesadilla y una tristeza. O que el cielo es un pozo al revés.

Papi, te escribo a esta hora, de esta tarde, de este barco, camino de Barcelona.

En este cuaderno.

Aunque tiene una tapa horrible con una bandera y dice gloria y me hace acordar de Gloria. Esa chica que se sentaba conmigo y era la abanderada, y un día le partí la cabeza porque solo decía mentiras, todo eso de la casa que tenía la familia en San Martín de los Andes, era puro cuento.

Pero lo de Gloria y lo de partir la cabeza me recuerda también las cosas que guardo en la cabeza.

Es como si tuviera un montón de cosas en la frente.

Y esas cosas se me amontonaran y me fueran a estallar al estilo de una bomba, y ahora en el barco las escribo para vos. Yo quise venir en barco con la tía Susana a Barcelona donde ahora parece que estás, aunque mami volviera en avión, pero vos sabés, yo ni loca me tomo uno y ni a golpes me logran llevar.

Me duele el cuerpo y arriba de los ojos.

Es de tantas cosas que me gustaría decirte y no voy a poder decírtelas porque no alcanzarían todos los cuadernos gloria con bandera en la tapa.

Y eso que yo creía que era feo escribir.

Cuando en la escuela me decían “Inés Marcos escriba sobre la primavera”, me parecía que escribir era una porquería porque una tenía que escribir sobre las flores y los árboles, y esas flores y esos árboles son flores y árboles de mentira, no existen y una dice

flores y árboles, como si dijera regla o pizarrón. Pero Emanuel acertaba con eso de que escribir es lindo, y yo, cuando estaba en Hydra, empecé con esto de escribir, claro, no así como ahora, sino como si fueran apuntes de la escuela, esos que toma mami en la Universidad, y sus cuadernos dicen palabras raras como “Kafka, libro de Camus sobre tema, Sísifo piedra que se cae, mundo absurdo, viernes capítulo dos”, y cosas así (las estoy copiando de su cuaderno porque, aunque no lo creas, traje su cuaderno de apuntes a Grecia para jugar al ahorcado con tía Susana, que es el único juego que sabe, aunque el juego es tan idiota que incluso Imelda Rivero podría jugarlo y hasta ganar), y ella dice que son apuntes, y yo en Hydra escribía lo que me venía al cerebro, y después lo dejaba, así me enseñó Emanuel, y ahora que lo leo me acuerdo de por qué puse lo que puse, y me sirven para contarte sin olvidar nada, aunque ya te digo, son tantos los temas que ni con todos los gloria del mundo.

Aunque, en verdad, yo ya escribía antes, cuando con Ezequiel jugábamos a las palabras y las comparaciones. Cuanto más raras, resultaban más lindas porque Ezequiel decía que te abrían la cabeza. Y era cierto.

Ya mami te debe haber contado lo de Ezequiel y lo de Emanuel. Pero ella no sabe nada y yo debo contártelo, papi, porque mami, vos sabés, posee aire adentro de la frente, así dice la abuela. O entiende todo al revés.

Una mujer que se tiñe las canas y que ayuna para bajar de peso ya no entiende nada. Y está envejeciendo: en septiembre cumple los treinta y dos.

Así que olvidate lo que te dijo, hacé de cuenta que son mentiras y seguro que lo son, porque ella lo que no sabe, lo imagina, y siempre imagina estupideces, afirma la abuela que lo sabe muy bien, y cuando dice Valeria es tonta, es la pura verdad. Así que tomá la goma de borrar y borrate de la cabeza sus palabras.

Además, yo sé la verdad o casi la verdad, porque la verdad final nunca se la sabe.

Pero sé más que mami, más que la abuela, más que nadie.

Tanto quiero vivir que moriría de tanto querer vivir. Esa es la clave.

Empiezo desde que llegamos a Hydra porque lo anterior es el viaje en barco con tía Susana y nada de eso importa, y es aburrido, y son días con agua alrededor, y no es porque sea aburrido sino porque no están Ezequiel ni Emanuel, y es igual que ahora, si no fuera por el cuaderno y por lo que te escribo.

Te puedo decir que me asustaba llegar al Pireo y después tomar el “Hermes” hasta Hydra. Miedo a los cambios súbitos. Que el brillo de esa ventana redonda de los barcos se volviera desilusión. Ver a Ezequiel, especialmente.

Imaginar una casa cerca del puerto, una casa vieja, una casa rara, en una calle de piedra frente a un paredón blanco.

Imaginar las cinco y media de la tarde.

Imaginar que mami me dice llevando mi valija: “Este es tu cuarto” y entrás en un lugar blanco con una cama dura.

Imaginar a la abuela en una salita también blanca, balanceándose en un sillón hamaca frente a su sobrino nieto Emanuel, que está en otro sillón hamaca. “Es mi sobrino nieto”, me dijo y me pareció raro porque se es sobrino o se es nieto.

Imaginar una alfombra blanca que parece hecha de pasto alto, blanco.

Imaginar a un perro blanco metido en ese lugar blanco. Es el perro de Yannis y se llama Kostantinos. Es un perro de vitrina.

Por suerte hay un gato negro con la panza blanca, quiero decir, que tiene un color distinto al uniforme blanco. Es el gato de la abuela y se llama Otelo. En Grecia no hay lucha entre ideologías de perros y gatos, así que no se molestan.

Kostantinos es un perro alegre; Otelo, un gato tristón, nostálgico, un gato que sueña con estrellas donde hay ratas blancas y se esconde debajo de la cama, esconde sus pensamientos de gato debajo de la cama. Kostantinos corre por la isla, con ladridos triunfales.

Creo que alguna vez conociste, en Buenos Aires, al hijo del tío Agustín, ese tío que se tiró debajo del tren, en San Isidro. Claro,

sí, seguro sabés quién es el señor Emanuel Delaney, como lo llama la abuela cuando se enoja.

Pero no sabés nada porque a Emanuel no lo conocés de la forma en que yo lo conozco.

La abuela se frota las manos y no por el frío sino porque le gusta, y se balancea en su sillón hacia adelante, hacia atrás, hacia adelante.

Y Emanuel también hace lo mismo frente a ella, en otro sillón hamaca, hacia adelante, hacia atrás, hacia adelante.

Y se miran y la bolita verde del ojo de la abuela está fija en esa negra del ojo de Emanuel, porque parece que Emanuel tuviera una araña en cada ojo y estoy segura de que es así, que tiene una araña enrollada adentro del ojo, una araña lenta, con pereza, del tipo de esas arañas que están debajo de las sillas, muy quietas, y que una podría aplastar, pero no se atreve porque es mala suerte.

Pero antes de eso hay más.

¿Lo llegás a ver? Estoy bajando con tía Susana que carga las valijas, poniendo cara de tía Susana, es decir, cara de estoy cansada, basta Dios mío, yo tengo que cargar con el peso del mundo. Cientos de japoneses alrededor, con cara de japoneses, ojitos de pescado hervido, odio a los japoneses, son todos iguales, y cuando se ríen no te da ganas de reír ni nada. Los japoneses se la pasaban tomando fotografías de un pedazo de mi cara, de los gatos que caían de a cientos en el muelle para comer la comida del barco. En medio de los gatos y de los japoneses y de gente que hablaba en griego y de los burros, vi a Ezequiel.

Estaba ahí, esperándonos.

Le puse cara de indiferencia, de “yo soy muy importante”.

Simulando que no resultaba valioso verlo después de seis meses de ausencia.

Me moría por verlo.

No era Ezequiel, y si bien tenía esa misma carita de nene bueno, de nene preferido, había algo que no se entendía. Además de estar altísimo, de haber crecido en seis meses. Como si fuera Carnaval y otro se hubiera disfrazado de Ezequiel. Hablaba bajito

y no hacía tejidos con las palabras, a la manera de antes, cuando mami decía: “Ezequiel teje palabras”. Hablaba con voz bajita porque la voz se le había cambiado de golpe. O no hablaba, pero te clavaba el alfiler azul del ojo cuando le decía: “¿Estás bien?” o “¿Hiciste amigos?” o “¿Aprendiste griego?”.

Entramos en la casa de la abuela, mami estaba en la puerta con Solita en brazos, hablando con un viejo estrafalario que era el marido de la abuela, y que hablaba en un idioma inventado por él, que era una especie de griego mezclado con argentino y con inglés. Yannis Kirtzakis.

Nunca logré intercambiar ni dos sílabas con él, pero la abuela dice que es divertido y que piensa que las cosas son una cuestión de química: el amor y el odio, el placer o la angustia, la tranquilidad o el nerviosismo. Y que la química a veces le da vuelta a la cabeza y se pone furioso al punto de matar a golpes al primero que esté cerca. La abuela habla con él medio en griego, medio en inglés, con mami en francés y con nosotros en argentino.

Nos saludó apenas a la tía Susana y a mí. Parecía nomás que hubiéramos dejado de verla hace unas horas, siendo que habían pasado tres años desde que se le dio por casarse con el viejo del idioma inventado. Así llegué a ver a Emanuel Delaney, que vive con ellos, y la abuela dijo: “Te acordás de Emanuel”, pero no me acordaba, “lo viste en el entierro de Agustín”, porque fue en el funeral de tío Agustín donde yo lo había visto y hace mucho tiempo, decían. Entonces para mí resultaba alguien nuevo, aunque ya sabía de memoria que vivía con ellos, porque tía Susana desde antes de viajar en el barco estaba con Emanuel de aquí y de allá, y yo veía a Emanuel hasta en la sopa. Además, Emanuel le mandaba cartas a Ezequiel desde Hydra, con una letrita desparrada que apenas entendía. Cuando podía le robaba las cartas para chismear, pero no sé qué decía de poesía y de Kavafis, que parece que era un poeta de allá; además de ser cartas aburridas, la letra era la del médico ese que me revisa la garganta, y después vas a la farmacia y todos se juntan para descifrarla: es un jeroglífico de los egipcios. Creo que Ezequiel quiso viajar, no por la abuela,

sino por Emanuel. Porque quería ser escritor igual que Emanuel.

Emanuel tiene diecinueve años, eso me dijo Ezequiel.

La abuela lo llamaba “el chico” y a Ezequiel “rubiecito”. “Saluda al chico, Inesita”, me dijo la abuela. Lo saludé y me sonrió, desde lo alto de sus casi dos metros.

Pero no era una sonrisa común, una sonrisa como la tuya, como la de mami, como la de cualquiera. Se burlaba de mí.

La sonrisa me puso nerviosa y decidí irme.

Imaginar una sonrisa de dientes, una mentira dibujada en la cara. Me molestaba todo: me molestaba el lugar y los gatos y los japoneses y el viejo Yannis y la abuela y mami que hablaba y hablaba y la tía Susana que decía cada cinco segundos “qué lindo” y no se sabía qué era lo lindo, si la casa, la isla o Emanuel sobre el sillón hamaca de atrás para adelante y de adelante para atrás, y me molestaba la cara nueva de Ezequiel, esa cara de disfrazarse en Carnaval, y más que nada, Emanuel y las arañas asquerosas de los ojos. Estaba sentado en el sillón hamaca, ya no mirando a la abuela, sino mirándome.

Ahí fue que le descubrí las arañas en los ojos, similares a las arañas de un mantel de la abuela; a quién se le ocurre tener arañas bordadas en el mantel sino a mami, seguro que ella se lo había regalado y que las había bordado ella misma, imaginando los ojos de Emanuel, porque lo miraba bastante, y hasta la abuela lo miraba, y las bolitas verdes se le ponían rojas de tanto mirarlo, si es que daba asco la manera en que estaban pendientes de él.

Y Emanuel mientras me miraba y se burlaba, tocó el terciopelo de la silla, lo acarició, y creí que iba a pasar algo, y que el silencio se iba a romper en vidriecitos que saltan y se incrustan en la cabeza.

(Anoche soñé con Emanuel. En el sueño, yo estaba en Hydra y Emanuel tocaba el terciopelo del sillón hamaca, pero el sillón no estaba en la casa sino junto al mar, y era igual que si me tocara el fondo del sueño que era de terciopelo, es decir, yo soñaba eso: que se podía tocar el fondo del sueño y que el mar y las piedras eran de terciopelo. Es raro eso del fondo del sueño, pero en el

sueño, yo le decía que estaba tocando mi sueño porque ese sillón de terciopelo era de sueño y también el mar y las piedras. Uno sueña cosas así de raras).

Entonces lo miré a Ezequiel, porque estaba harta del terciopelo y le dije “quiero salir”, y también estaba harta de mirar la sombra en la pared de atrás para adelante y de adelante para atrás, y Ezequiel me llevó a caminar, subiendo y bajando escaleritas blancas entre burros.

Ya era de noche.

Vi gente estrafalaria con bigotes negros, que decía “calinjta” y eso era “buenas noches”, pero en griego, que, ya sabemos, es el idioma de Yannis y de la gente de la isla.

Entonces, de repente, le dije “¿qué pasa?”, porque estaba segura de que pasaba algo, porque él no ponía cara de Ezequiel Marcos, diez en todo y cuadro de honor. La cara estaba cerrada, no sé explicarte, le habían cerrado la cara con llave. Una no sabía lo que pensaba la cara. Se encogió de hombros y me mostró el mar de noche.

Se acostó entre las piedras y yo hice lo mismo.

“No me gusta este lugar”, le dije, y no porque fuera feo, sino porque no me gustaban ni él ni Emanuel. No me gustaba esa cara cerrada para mí.

Y más que nada por la sonrisa y las arañas y el terciopelo y el sillón hamaca y la sombra y las bolitas verdes de los ojos de la abuela y las bolitas verdes de los ojos de mami sobre Emanuel. Y hasta el viejo del idioma imposible y hasta tía Susana que decía “qué lindo” y “qué paz hay aquí”, pero no había nada de paz.

“Basura”, le dije de golpe y no sabía por qué tenía tantas ganas de insultarlo, y era extraño, porque en Hydra no era el importante, sino que el importante resultaba Emanuel.

“Ese Emanuel es un idiota”, le dije de golpe. Se me escapó decirlo, la palabra resbaló hasta la boca.

Y él:

“Qué sabés”.

Y yo:

“Y vos de qué te la das. Por qué esa cara cerrada con llave”.

Y él:

“Emanuel sabe mucho”.

Y yo:

“Te pregunté por qué esa cara cerrada con llave”.

Y él:

“Qué tontería”.

Y yo:

“Podemos jugar a que vos no sos vos y yo no soy yo. Que vos sos Emanuel y yo soy vos. La psicóloga de la escuela dice que eso se llama psicodrama. No me gusta el nombre, pero es divertido”.

No dijo nada.

Y yo:

“Yo voy a ser vos. Pero vos disfrazado. Vos en este momento”.

Y él:

“Empezá vos”.

Me quedé pensando. No sabía bien qué pasaba. En realidad, era todo como siempre, pero había otra cosa.

No sé qué.

Otra cosa.

Y empecé a hablar bajito y a mirar a los ojos. Porque de golpe me parecía que a Ezequiel se le había dado por mirar fijamente a los ojos al estilo de Emanuel. Pero Emanuel se burlaba y Ezequiel no, Ezequiel nunca aprendió a burlarse. Ni cuando con los chicos del barrio íbamos a burlarnos de él. Él nada. No sabía burlarse.

O no le importaba.

O estaba en otro mundo, pero no se sabía cuál.

Ahora, en Hydra, se mostraba misterioso, salido de una película de suspenso en la tele, y yo sentía que era sábado a la noche, y yo estaba en la cama, arropada y con fiebre. O que Ezequiel participaba de un secreto con Emanuel y yo estaba afuera, en la cama con fiebre, y la película no se entendía, porque yo tenía sueño o fiebre, o porque se me caían los ojos igual que cuando la hermana Regina explica la teoría del conjunto y yo no sé de qué conjunto habla.

Había un viento que venía del mar y te pegaba en la cara. Había una sensación de lentitud, de película aburrida que no termina nunca. Había una blancura en cada cosa, hasta en las piedras, en las casas, en la ropa de Ezequiel, y yo odio el blanco porque me acuerdo de una monja que me decía: “porque tú, Inés, tienes un alma blanca”, y a mí me parecía que el alma era un fantasma de camisón blanco. Y porque odio a las novias y los casamientos.

“No te entiendo”, le dije, “no sos el mismo”.

Y un viento lleno de arena se empezó a levantar, y entre el viento yo le veía la cara a Ezequiel como si se riera, de la forma que lo hacía Emanuel. Y yo no sabía si la risa era porque se reía de mí o porque tomaba el papel de Emanuel. De golpe, se sacó la ropa y se acostó entre unas rocas, desnudo. Después se metió en el agua, y tuve miedo de que se ahogara, porque había viento y aquello era el mar nocturno y no la piscina del club.

Lo llamé.

No regresaba.

Lo volví a llamar.

Nada.

Pasó el tiempo. No sé cuánto. Mucho.

Me puse a llorar.

Volví a la casa de la abuela y empecé a gritar. Me miraron con la seguridad de que estaba loca.

Ezequiel estaba comiendo tranquilamente de frente a Emanuel, lo vi apenas, medio nublado en la misma película de la fiebre y con el televisor descompuesto. No lo podía creer, Ezequiel nunca hubiera hecho algo así, dejarme sola en la playa, de noche, gritando. Le dije: “Cómo volviste si yo tenía la ropa”.

Y él:

“Vi a Emanuel en el agua y me prestó ropa. Me dijo que te hiciéramos una broma para ver si dejabas de mostrar esa cara de bruja”.

Entonces vino Emanuel y se sentó frente a mí con la maldita sonrisa y dijo:

“¿De qué tenés miedo?”.

Dijo de qué tenés miedo. Dijo como si yo le tuviera miedo. Dijo como si se riera. Dijo de qué tenés miedo. Dijo como si dijera “es de noche” o “hace calor”. Dijo así.

Y yo:

“No tengo miedo”.

Hizo un gesto de risa. Hizo un gesto de espantar moscas. Del estilo de la hermana Regina espantando moscas.

Y él:

“¿Por qué gritás?”.

Y yo:

“Odio esta casa y lo odio especialmente a usted, señor”.

Y él:

“Eso es bueno. Pero no me digas usted, ni señor: soy tu primo”.

Y yo:

“¿De qué se ríe, señor?”.

Y él:

“No me río. Se llama ironía, nada más”.

Y yo:

“Y a mí qué me importa el nombre”.

Me puso una mano sobre la cabeza y quiso besarme el pelo. Se me endureció el esqueleto, abrí la boca y dejé que se me extendiera la rabia.

Le escupí en la cara. Se secó con un pañuelo y volvió a sonreír igual que con todos, sonreír, masticando la comida, sonreír tipo “todo está bien”.

“Pobre Inesita”, dijo.

Dijo eso: “Pobre Inesita”. ¿Entendés, papi? Dijo: Pobre Inesita. Y mami que estaba cerca, se rió. Y Ezequiel dijo: “Dejate de boludeces, no lo tomés así, yo creí que si pensabas que me había ahogado, estarías muy contenta”.

Y él volvió: “Pobre Inesita, che, no se rían”.

Sentí una cosa enorme en el estómago y sobre los ojos. Me había tragado una montaña. Un alfiler me pinchaba la lengua y yo lo masticaba y era un chicle, un chicle con alfileres.

Antes de dormir, me incliné sobre el inodoro y me salió la comida de la boca.

Me metí en la cama dura de la pieza blanca, destapada, muerta de calor, pero temblando. Oía el ruido del viento caliente, mezclado con el berrido de Solita.

Entonces decidí que mataría al señor Emanuel Delaney, que lo mataría en serio con el cuchillo grande de la cocina, o con el revólver que siempre guardaba la abuela en Buenos Aires y decía que era su mejor amigo.

Y que el odio, de tan feroz, no se me acabaría nunca.